
ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Un puerto de mar en Chipre.—Una explanada.

Entran MONTANO y dos CABALLEROS.

MONT. ¿Qué veis en lontananza desde el cabo?

CAB. 1.º Nada se ve. Tremendas son las olas;
Y, entre la lucha de la mar y el cielo,
Ni una vela distingo.

MONT. Rugió la voz del viento en tierra; nunca
Ráfaga tal batió nuestras murallas.
Si así bramó en el mar, ¿lígneas costillas
Podrán luchar con derretidos montes
Sin desquiciarse? ¿Cuál será la nueva?

CAB. 2.º La dispersión de la otomana flota.
Id un momento á la espumante playa:
El pié!ago feroz hiere las nubes,
Y hostil resaca con guedeja enorme
Llegar pretende á la fulgente osa,
Y ahogar los guardias del inmóvil polo.
¡Jamás al Ponto ví tan irritado!

MONT. Si á puerto no arribó la armada turca,
Pereció. ¡No es posible que resista!

Entra TERCER CABALLERO.

CAB. 3.º Nuevas, señores. Terminó la guerra.
Tal golpeó la tempestad al Turco,
Que cesa en sus intentos. Noble buque
Veneciano el naufragio y muerte ha visto
De la parte mejor de aquella flota.

MONT. Pero ¿es verdad?

CAB. 3.º El buque aquí se halla.
Es buque veronés; y Miguel Casio,
Teniente del bizarro moro Otelo,
En tierra está. Viajando viene el Moro,
Con amplias facultades, hacia Chipre.

MONT. Me place; es digno jefe.

CAB. 3.º Miguel Casio,
Que del desastre turco satisfecho
Se encontraba, no obstante se halla triste,
Y por el Moro teme, pues furiosa
La tempestad reinaba al separarse.

MONT. ¡Lo ampare Dios! En su vervicio estuve,
Y es soldado que sabe lo que manda.
Á la playa marchemos, no tan sólo
El buque á ver que recaló; la vista
Dirijamos en pos del bravo Otelo,
Hasta que el mar y el cielo se confundan.

CAB. 3.º Sí tal. Cada minuto es esperanza
De que otro buque llegue.

Entra CASIO.

CASIO. Gracias á los valientes de esta isla,
Que así ensalzan al Moro. Dios su ayuda
Le dé contra los fieros elementos,

Pues lo he dejado en procelosos mares.

MONT. ¿Viene bien embarcado?

CASIO. Fuerte es su nave; experto su piloto:
Vivas por eso están mis esperanzas,
Y esperan cura.

(Una voz dentro.) ¡Vela! ¡Vela! ¡Vela!

Entra CUARTO CABALLERO.

CASIO. ¿Qué traéis?

CAB. 4.^o La ciudad está vacía.

Á la orilla del mar la gente acude,
Y «buque en lontananza» gritan todos.

CASIO. ¡Nuestro gobernador á Dios pluguiera!

(Cañonazos dentro.)

CAB. 2.^o El cañon nos saluda; son amigos.

CASIO. Averiguad, señor, quién ha llegado.

CAB. 2.^o Al punto iré. (Vase.)

MONT. Decid, señor teniente,

¿Está casado el general que os manda?

CASIO. Por suerte suya. Consiguí doncella
Que excede á su relato y su renombre
É hipérboles supera de la pluma;
Cuya reunión de adornos naturales
Cansa al artista.

Vuelve á entrar el SEGUNDO CABALLERO.

Y bien, decid, ¿quién vino?

CAB. 2.^o Es de Otelo el alférez; un tal Yago.

CASIO. ¡Feliz y pronta fué su travesía!
Fieras borrascas y olas y huracanes,
Rocas hendidas y arenosos bajos,
Esos traidores que en el mar se bañan
Para atajar á la inocente quilla,
Á la beldad sensibles, por lo visto,

Calman su furia natural, y paso
 Á la hermosa Desdémona conceden.

MONT. ¿Quién es ella?

CASIO. La dama de que hablaba,
 De nuestro jefe, jefe: la custodia
 El intrépido Yago, que anticipa,
 Al llegar, siete días mis deseos.
 ¡Oh Dios, salvad á Otelo! ¡Henchid sus velas
 Con vuestro propio hálito potente;
 Bendiga al puerto su pujante nave;
 De amor junto á Desdémona palpíte;
 Reanime nuestro espíritu abatido,
 Y á Chipre entero alegre!—Más, ¡qué veo!

Entran DESDÉMONA, EMILIA, YAGO, RODRIGO
 y acompañamiento.

De la nave el tesoro se halla en tierra.
 Ciudadanos de Chipre, de rodillas!
 Salud, señora. La celeste gracia
 Os preceda y os siga y os circunde.

DESD. Gracias, valiente Casio. ¿Qué noticias
 Podéis de mi señor comunicarme?

CASIO. No ha recalado aún; diré tan sólo
 Que se halla bien, y llegará muy presto.

DESD. Mas temo... ¿Cómo fué que os separasteis?

CASIO. La lucha de la mar y de las nubes
 Apartó nuestras naves... pero... ¡Vela!
 (Gritos dentro.) ¡Vela! ¡Vela á la vista!

(Cañonazos dentro.)

CAB. 2.^o Amigos son también, pues nos saludan.

CASIO Á UN CAB. Indagad. (Vase un caballero.)

Bien venido, buen alférez.

Señora, bien venida. (Á Emilia, besándola.)

No os enoje, (Á Yago.)

Buen Yago, mi franqueza, pues el uso
Sanciona tan osada cortesía.

YAGO. Os hartaran sus labios, si os tratasen
Como me trata á mí su lengua á veces.

DESD. ¡Habla apenas!

YAGO. ¡Ya! ¡Ya! Más de sobrado.

Oigo su voz, aunque me rinda el sueño.
Confieso que ante vos su lengua habita
Allá en su corazón en ocasiones,
Y que su juicio refrenarla suele.

EMILIA. Es queja vuestra por demás injusta.

YAGO. Sí, sí; sois miniaturas en la calle,
Y cascabeles sois en el estrado,
Y sois en el hogar gatos monteses:
Santas hiriendo, diablos ofendidas;
Risa os causan domésticas faenas,
Al par que os causa seriedad el lecho.

DESD. Callad, calumniador.

YAGO. Si no es verdad, aguantaré el reproche.
Holgáis de día, trabajáis de noche.

EMILIA. No escribiréis mi loa.

YAGO. No, por cierto.

DESD. Y de mí ¿qué diréis en mi alabanza?

YAGO. No os empeñéis, señora. Nada valgo,
Como no satirice.

DESD. Dad la prueba.

Al puerto ¿no fué uno?

YAGO. Sí, señora.

DESD. (Aparte.) No estoy tranquila; mas mi afán se oculta
Disimulando así.—Pero sepamos
Lo que vais á decir en mi alabanza.

YAGO. Al punto voy: mi inspiración, no obstante,
De mí cerebro sale cual la liria
Del vellon, arrancándome los sesos.

Sin embargo, de parto está mi musa,
Y da á luz lo siguiente:

Si discreta y hermosa, su talento
Sólo en servir á su beldad emplea.

DESD. ¡Es digno de alabanza el cumplimentol
¿Y si es mujer juiciosa, pero fea?

YAGO. Mujer que es fea y á la par juiciosa,
Bello hallará de su fealdad al gusto.

DESD. ¡Eso es peor! ¿Si necia, mas hermosa?

YAGO. Necia á la hermosa apellidar no es justo,
Porque á veces su misma tontería
En lograr herederos la auxilia.

DESD.—Ridículas paradojas de antaño con las que reir
podrán necios en la taberna.—¿Qué triste cosa diríais de la
que fuese al par necia y fea?

YAGO. Necia y fea, las mismas travesuras
Hará que las discretas hermosuras.

DESD.—¡Funesto error! Más alabanza concedéis á la que
menos lo merece. Pero ¿de qué manera ensalzaríais á una
mujer que verdaderamente lo mereciese, cuyos naturales
dones bastaran para atestiguar en contra de la propia
maledicencia?

YAGO. Quien siempre hermosa, siempre fué modesta;
Quien puede hablar y elude el clamoreo,
Quien oro tiene y nunca va compuesta,
Quien dice «puedo» y huye del deseo,
Quien ofendida, y su venganza á mano,
Calma el rencor y olvida el perjuicio,
Quien escoge discreta siempre el grano,
Y no acude jamás al desperdicio.
Quien piensa y á callarse se resuelve,
Quien, seguida, su rostro nunca vuelve...
De tal mujer, si tal mujer viviera,
Cantara las hazañas.

DESD.—Y esa mujer ¿qué hiciera?

YAGO.—Criar idiotas y archivar patrañas.

DESD.—Injusta y falsa consecuencia. No le hagáis caso, Emilia, aunque sea vuestro marido. ¿Qué os parece, Casio? ¿No le juzgáis crítico por demás profano y libertino?

CASIO.—Habla claro, señora, y vale más como soldado que como poeta.

YAGO.—(Aparte) Le coge la mano. ¡Hola! ¡Bien dicho! ¿Cuchicheas? Con tela de araña tan sutil como ésta aprisionaré á tan gran moscón como este Casio. Sonríete, sí; tus galanteos serán tus grillos. Dices bien; así es; si estas malas mañas te despojan de tu tenencia, más te valiera no haber besado tan á menudo esos tres dedos, que ahora otra vez te sirven para echarla de gran señor. ¡Muy bien! ¡Exquisitamente besados! ¡Magnífica cortesía! ¿Otra vez tus dedos á tus labios? Que no se te volvieran... (Suena un clarín.) ¡El moro! Reconozco su clarín.

CASIO.—¡Él es!

DESD.—Vamos á recibirlo.

CASIO.—Ved; aquí llega.

Entran OTELO y acompañamiento.

OTELO. ¡Mi guerrera gentil!

DESD. ¡Amado Oteló!

OTELO. Es mi asombro tan grande cual mi dicha
Al hallarte aquí ya. ¡Luz de mi alma!
Si cada tempestad así se temple,
Llame á la puerta el huracán bravío,
Y ascienda el buque montañosos mares
Que hasta el Olimpo lleguen, y descienda
Al bátraro profundo. Si hoy muriese,
Del placer yo en el colmo moriría.
Es tan cabal la dicha de mi alma,
Que temo que ventura semejante

Ya en el oscuro porvenir no logre.

DESD. No consientan los cielos que no aumenten
Nuestro gozo y amor con nuestros días.

OTELO. ¡Amén decid, poderes celestiales!
Ventura tanta ponderar no puedo,
Felicidad tan grande me enmudece.
Esto y esto las solas disonancias (Besándola.)
De nuestros puros corazones sean.

YAGO. (Aparte.) Bien templado ahora estás; pero te juro,
Á fe de hombre de bien, que esas clavijas
Cederán, que tal música producen.

OTELO. Partamos al castillo. Traigo nuevas,
Amigos: nuestras guerras terminaron:
Ahogáronse los turcos. Dulce amada,
Te apreciarán en Chipre, donde siempre
Hallé gran amistad. Querida mía,
Charlo sin tino, y en mi dicha gozo.
Buen Yago, que descarguen mi equipaje;
Y el piloto después en tu compañía
Venga á la ciudadela: es de los buenos,
Y demostrarle deferencia es justo.
Desdémona, partamos. Nuevamente
La bienvenida á Chipre!

(Vanse Oteló, Desdémona, Casio y acompañamiento.)

YAGO.—Búscame más tarde en el puerto: ven acá: si
eres valiente, y suele decirse que los enamorados tienen,
por ende, mayor nobleza de la que les es ingénita, es-
cúchame: el teniente está esta noche de guardia en el patio
de la ciudadela. En primer lugar, debo decirte lo siguiente:
Desdémona está enamorada de él.

RODR. ¿De él? Pero ¿es posible?

YAGO.—Pon tu dedo ahí, y aprende. ¿No ves con qué
violencia amó al principio al Moro, sólo por sus baladrona-
das y por las fantásticas patrañas que le contó? ¿Y crees

que lo seguirá amando por su charla? No creas semejante cosa. Los ojos de esa mujer necesitan alimento; y ¿qué goce puede proporcionarle el contemplar la imagen del mismo Lucifer? Cuando la satisfacción templó el ardor de la sangre, para inflammarla nuevamente y para que á la saciedad suceda el apetito, precisos son el exterior encanto, la simpatía de los años, de las costumbres, de la belleza; de todo lo cual carece el Moro. Ahora bien: por falta de tan indispensables requisitos, la delicada fibra de esa mujer se llamará á engaño, y principiará á hacer ascos y á repugnar al Moro. Su naturaleza misma la impulsará á ello, y la obligará á segunda elección. Ahora bien, señor mío, sentado esto, tesis razonable y natural, ¿quién se halla tan inmediatamente próximo á esta fortuna sino es Casio, versátil tuno, cuya conciencia le obliga sólo á usar del disfraz de la cortesía y de la amabilidad para lograr así más fácilmente sus lúbricos, ocultos é indignos deseos? ¡Vaya, nadie! Sutil y hábil tuno. Buscador de oportunidades. Con vista para acuñar y fingir ventajas, aunque éstas no se ofrezcan. Es un tuno de todos los diablos. Además, este tuno es bien parecido, joven, y se armonizan en él todos los requisitos que la locura y la juventud aprecian. Es un tuno redomado, y esa mujer ha tropezado ya con él.

RODR.—No puedo creer eso de ella, de una criatura tan celestial.

YAGO.—¡Celestial higa! El vino que bebe es de zumo de uvas. Si fuera celestial, jamás se hubiera enamorado del Moro. ¡Celestial música! ¿No viste cómo jugueteaba con la palma de su mano? ¿No lo observaste?

RODR.—Sí; pero era por cortesía.

YAGO.—Por lujuria; yo te lo aseguro: índice y confuso prólogo de la historia de la lascivia y de los malos pensamientos. Sus labios se hallaban tan próximos que sus alien-

tos se abrazaron. Viles ideas surgen, Rodrigo, cuando semejantes reciprocidades abren el paso. Inmediatamente á la zaga sigue la preeminente y principal tarea, la asociación final. ¡Bah!... Pero déjate guiar por mí. Te he hecho venir desde Venecia. Esta noche estarás de guardia; yo haré que te nombren. Casio no te conoce; yo no estaré lejos; busca algún pretexto para provocar el enojo de Casio, ya sea hablando demasiado recio, ó rebajando su disciplina, ó de cualquier otro modo que te parezca mejor, con arreglo á las circunstancias.

RODR.—¿Y bien?

YAGO.—Es violento y fácilmente se encoleriza, y acaso te pegue. Provócalo para que tal haga, porque, con eso sólo, yo haré que la gente de Chipre se amotine, y no se apacigue sino con la destitución de Casio. Así se acorta el viaje de tus deseos, pues tendré medios para abreviarlo, y así nos vemos libres de ese impedimento; que, de existir, anula nuestras esperanzas de éxito.

RODR.—Lo haré, si me favorecen las circunstancias.

YAGO.—Hazlo sin miedo; vé á verme á la ciudadela; tengo que traer su equipaje á tierra; adiós.

RODR.—Adiós. (Vase.)

YAGO.—Que la ama Casio, asegurarse puede;
 Que ella le corresponde es verosímil;
 El Moro, aunque sufrirlo yo no pueda,
 Es, por carácter, cariñoso y noble;
 Y será de Desdémona, sin duda,
 Marido tierno. Yo también la amo;
 No por sensualidad, aunque me acusen
 De tamaño delito; pero, en parte,
 Porque saciar deseo mi venganza.
 Sospecho que ese Moro disoluto
 Ha ocupado mi puesto. Tal idea
 Me horada cual materia corrosiva.

Sólo estaré contento cuando quede
En paz con él. Esposa por esposa.
Y, si no, por lo menos yo del Moro
Avivaré los celos hasta el punto
Que no escuchen razón. Para lograrlo,
Si este mísero trasto de Venecia,
Que á mi placer y voluntad trasteo,
Me deja obrar, daré la zancadilla
A nuestro Miguel Casio. Yo ante el Moro
Lo debo acriminar con torpes frases.
También de Casio y de mi esposa dudo.
Las gracias, la amistad y los favores
Del Moro alcanzaré, si en asno egregio
Lo logro convertir y conducirlo,
Turbando su quietud, á la demencia.
¡Aquí está!... ¡Turbio aún! Presenta sólo
En la ocasión su cara vil el dolo. (Vase.)

ESCENA II.

Entra un HERALDO con una proclama. Gente siguiéndole.

HERALDO.—Es voluntad de Otelo, nuestro digno y valiente general, por razón de las auténticas noticias recibidas anunciando la completa pérdida de la armada turca, que todos se entreguen al regocijo: unos al baile; otros á hacer fogatas; cada cual á la diversión ó entretenimiento que más le agrade; pues, al celebrarse tan gratas nuevas, se celebran al par sus bodas. Es su voluntad que así se anuncie. Quedan abiertas las tabernas, y se concede amplia libertad de divertirse desde esta hora, las cinco de la tarde, hasta que suenen las once. ¡Bendita sea la isla de Chipre, y bendito nuestro digno general Otelo! (Vase.)

ESCENA III.

Un patio en el Castillo.

Entran OTELO, DESDÉMONA, CASIO y acompañamiento.

OTELO. Buen Miguel, esta noche estáis de guardia;
No dejéis traspasar la valla honrosa
Que al regocijo y la razón limitan.

CASIO. Yago instrucciones tiene; mas, no obstante,
Mis ojos velarán.

OTELO. Honrado es Yago.
Buenas noches, Miguel. De madrugada
Os quiero hablar. Partamos, dulce prenda.

(A Desdémona.)

Al pacto es justo que el provecho siga,
Y nos cumple gozar del que nos liga.
Buenas noches.

(Vanse Oteló, Desdémona y acompañamiento.)

Entra YAGO.

CASIO.—Bien venido, Yago. Vamos á la guardia.

YAGO.—Ahora no; aun no son las diez. El general nos despidió tan temprano por causa de Desdémona; pero no hay que inculparlo por eso, pues aun no ha pasado su noche de boda, y ella es prenda digna de Júpiter.

CASIO.—Es dama hermosísima.

YAGO.—Y retozona también, por vida mía.

CASIO.—Es verdaderamente criatura candorosa y delicada.

YAGO.—¡Qué ojos tiene! Parecen cartel de desaffo.

CASIO.—Ojos provocativos, y sin embargo llenos de modestia.

YAGO.—¿Y cuando habla? ¿No es su voz toque de generala al amor?

CASIO.—Es verdaderamente la perfección misma.

YAGO.—Está bien. ¡Felicidad á su lecho! Vamos, teniente; aquí tengo un jarro de vino, y allá fuera están dos bravos mozos de Chipre que desean beber un trago á la salud del negro Oteló.

CASIO.—Esta noche no, amigo Yago. Débil y desgraciada es mi cabeza para el vino. ¡Ojalá que la cortesía inventase otro modo de agasajar!

YAGO.—¡Cá! Son amigos nuestros; una copa no más; yo beberé por vos.

CASIO.—He bebido esta noche una sola copa, y esa cautelosamente aguada; y ya veis, me tiene trastornado. Desgraciadamente tengo esta debilidad, y no me atrevo á ponerla á mayor prueba.

YAGO.—¡Callad! es noche de broma; los jóvenes lo desean.

CASIO.—¿En dónde están?

YAGO.—Á la puerta; os ruego que los llaméis.

CASIO.—Lo haré; pero contra mi voluntad. (Vase.)

YAGO. Como pueda lograr darle una copa,
Unida á la que ya bebió esta noche,
De hiel y guerra quedará repleto,
Como el lebré de la señora mía.
Ese imbécil Rodrigo, á quien hoy vuelve
Su pasión del revés, y que hondos tragos
Empina de Desdémona el recuerdo,
Vela igualmente. Á tres nobles de Chipre,
Jóvenes orgullosos que contemplan
Extáticos su honra, flor y nata
De está isla marcial, he saturado

Con bien repletas copas; y esta noche
De guardia están también. Entre esta turba
De beodos yo haré que indigne Casio
De algún modo á la isla; mas... ahí viene.
Si la suerte mi sueño lisonjea,
Impulsan mi bajel viento y marea.

Vuelve á entrar CASIO, seguido de MONTANO, caballeros
y sirvientes que traen vino.

CASIO.—Os aseguro, bajo mi palabra, que ya me han
hecho beber un trago.

MONT.—¡Vaya en gracia! ¡Otro traguito! ¡Menos de un
cuartillo, á fe de soldado!

YAGO.—¡Venga vino! ¡Hola!

Vuestras copas alegres chocad;
Vuestras copas alegres chocad,
Pues vive el soldado
De riesgos cercado,
Tenga en cambio, al beber, libertad.
¡Vino, muchachos!

CASIO.—¡Vive Dios! ¡Preciosa canción!

YAGO.—Aprendíla en Inglaterra, donde son maestros en
empinar. El dinamarqués, el alemán y el barrigón holan-
dés, que saben beber, nada son comparados con el inglés.

CASIO.—¿Tan bebedor es el inglés?

YAGO.—¡Vaya! Fácilmente embriaga al danés. Ni aun
suda para humillar al tudesco, y hace echar el alma al fla-
menco antes que llenen el segundo jarro.

CASIO.—¡A la salud de nuestro general.

MONT.—Estoy pronto, teniente, y os haré justicia.

YAGO.—¡Oh querida Inglaterra!

Era Esteban un príncipe noble,
Le costaba un ducado el calzón,
Y creyendo pagar más del doble,

Á su sastre llamaba ladrón.
 Era mozo de seso y de chapa;
 Tú eres hombre de escaso valer,
 Con que embózate humilde en la capa,
 Que el orgullo al país va á perder.

CASIO.—¡Vaya! Esta canción es aún más bonita que la otra.

YAGO.—¿Queréis oirla otra vez?

CASIO.—No, porque considero que es indigno de su posición quien tal hace. Está bien; Dios sobre todo, y almas hay que se salvarán, y otras que no se salvarán.

YAGO.—Verdad es eso, amigo teniente.

CASIO. Yo, por mi parte, no hago ofensa al general ni á ninguna persona de valía; espero salvarme.

YAGO.—Y yo también, amigo teniente.

CASIO.—Si tal; pero, con permiso, no será antes que yo. El teniente ha de salvarse antes que el alférez; no hablemos más de esto. A nuestra obligación; perdónanos nuestros pecados. Caballeros, á nuestros quehaceres; no vayáis á creer, caballeros, que estoy borracho; este es mi alférez; esta mi mano derecha, y esta mi izquierda; no estoy borracho, me tengo bastante bien, y bastante bien hablo.

Todos.—Perfectamente bien.

CASIO.—Pues entonces, corriente; y no vayáis á creer que estoy borracho. (Vase.)

MONT.—A la explanada, señores; vamos á dar la guardia.

YAGO. ¿Veis ese mozo que de aquí se aleja?

Militar á quien César dado habría
 Una legión; mas contemplad su vicio:
 De su virtud el equinoccio justo
 Tan idénticos son. ¡Lástima grande!
 Lá isla, sin querer, en ese estado
 Puede turbar, que Otelo deposita
 Su confianza en él.

MONT. ¿Bebe á menudo?

YAGO. Es prólogo constante de su sueño.
 Dos veces al horario ve dar vueltas
 Si no logra mecer su lecho el vino.

MONT. El general saberlo debería.
 Apreciará de Casio las virtudes,
 Y tales faltas no verá, ¿no es cierto?

Entra RODRIGO.

YAGO. ¿Qué ocurre, dí, Rodrigo? *(Aparte.)*
 Os ruego que vayáis tras el teniente.

(Vase Rodrigo.)

MONT. ¡Grande lástima es que el noble Moro
 Fie tan alto puesto á quien aqueja
 Tan invencible vicio! Fuera justo
 Al Moro hablar.

YAGO. No yo. ¡Por vida mía!
 Aprecio á Casio, y mucho por curarle
 Hiciera: mas oíd. ¿Qué ruido es ese?
(Dentro.) ¡Favor! ¡Favor! ¡Favor!

Vuelve á entrar CASIO persiguiendo á RODRIGO.

CASIO. ¡Infame! ¡Pillo!

MONT. Teniente, ¿qué pasó?

CASIO. ¡Darme lecciones
 Á mí de mi deber este bergante!
 ¡Al muy bergante volveré zaranda!

RODR. ¡Á mí!

CASIO. ¿Charlas, infame? *(Golpeándole.)*

MONT. Buen teniente.
 Tened, señor, la mano. *(Deteniéndole.)*
Yo os lo ruego.

CASIO. Dejadme ir ú os romperé el bautismo.

MONT. ¡Vamos, estáis beodo!

CASIO. ¡Yo beodo! (Luchan.)

YAGO: (Aparte á Rodrigo, que se va.)

¡Sal, digo! ¡Váte, y á rebato toca!

Pero, ¡mi buen teniente! ¡Caballero!

¡Favor! ¡Teniente, oíd! ¡Señor! ¡Montano!

¡Favor! ¡Señores! ¡Buena guardia es esta!

(Suena la campana.)

Mas ¿quién toca á rebato? ¡Qué demonio!

Vendrá el pueblo. ¡Por Dios, teniente, calma!

¡Os veréis deshonrado para siempre!

Entran OTELO y acompañamiento.

OTELO. ¿Qué es lo que ocurre aquí?

MONT. ¡Por vida mía!

¡Aun corre sangre! ¡Estoy de muerte herido!

(Se desmaya.)

OTELO. ¡Teneos, vive el cielo!

YAGO. ¡Teneos! ¡Eh, teniente! ¡Vos, Montano!

¡Señores! El lugar: ¿vuestros deberes

Así olvidáis? ¡Teneos! ¡Qué vergüenza!

Os habla el general. ¡Teneos! ¡Hola!

OTELO. ¿Qué es esto? ¿Somos turcos? ¿Nos tratamos

Cual Dios prohíbe al otomano hacerlo?

¡Cesad, por Cristo, tan feroz contienda!

¡Quien intente en provecho de su rabia,

Blandir su acero, tiene su alma en poco!

Por ello al punto morirá. Que calle

Esa campana horrenda, que perturba

De esta isla la paz. Decid, señores,

¿Qué ocurre? Honrado Yago; tú, que muerto

De pena estar pareces, ¿quién fué causa

De este suceso? Dime cuanto sepas.

YAGO. Nada sé. Cual amigos ha un instante

En el cuartel se hallaban; ahora mismo,

Cual recién desposados; mas de pronto,
Como si hostil estrella los dañara,
Los hierros blanden, que á sus pechos vuelven
En sangrienta discordia. No comprendo
Cuál fué la causa de tan fútil riña;
Y ojalá que las piernas que á este sitio
A presenciara en parte me conducen,
En la gloriosa lid perdido hubiera!

OTELO. ¿Cómo de vos os olvidasteis, Casio?

CASIO. Perdonadme, señor, hablar no puedo.

OTELO. Digno Montano, tan juicioso siempre,
De cuya juventud el porte grave
El mundo celebró, cuyo renombre
Entre los buenos va de boca en boca,
¿Qué pasa? ¿qué os induce á despojaros
De esa reputación, ganando sólo
Con el rico caudal de vuestra fama
Dictado de nocturno camorrista?
Responded.

MONT. Digno Oteló, me hallo herido
De gravedad. De la ocurrencia puede
Daros noticias vuestro alférez Yago.
Á ahogar mi voz me obliga el sufrimiento.
Nada he dicho ni hecho en esta noche
Que, según mi entender, punible sea;
Á menos que el instinto de la vida
Se juzgue error, y el defenderse crimen.

OTELO. ¡Viven los cielos! Á empieza regir
Mi sangre á mis mejores consejeros,
Y la pasión, oscureciendo el juicio,
Me pretende guiar. Si me desbordo;
Si mi diestra levanto, quien más valga
Sentirá mi furor. Saber es fuerza
Cuál fué el origen de tan vil tumulto;

Por quién fué promovido; y el culpable,
 Si resultase ser gemelo mío,
 Mi afecto perderá. ¡Pero, es posible!
 En una fortaleza, aún perturbado
 El juicio de las gentes por el miedo
 Armar quimera por cuestión privada!
 ¡Y por la noche! ¡Y en la guardia misma!
 ¡Es monstruoso! Yago, narra el caso.

MONT. Si por ser vuestro amigo y compañero
 Faltáis á la verdad un solo punto,
 Soldado vos no sois.

YAGO. No me hostiguéis.
 Mejor que de la boca me arrancaran
 La lengua, que ofender á Miguel Casio.
 Pero, narrando la verdad, presumo
 Que no le daño. General, oídme:
 Conversando Montano y yo, de pronto
 Uno llegó pidiéndonos auxilio,
 Perseguido de Casio, cuya espada
 Vibraba enhiesta amenazante; entonces
 Calmar este señor pretende á Casio,
 Y al voceador yo sigo, temeroso
 De que al pueblo sus gritos conturbaran.
 Como al fin sucedió; porque ligero,
 Se me logró escapar: vuelvo al instante,
 Y aprisa; tanto más, por cuanto oía
 Las espadas chocar, y maldiciones
 De los labios de Casio, que he escuchado
 Esta noche no más. Cuando yo vine,
 Obra de instantes solamente, vilos
 Blandiendo sus aceros, como estaban
 Cuando llegasteis vos á separarlos.
 Más del asunto referir no puedo.
 Hombres los hombres son, y los mejores

Suelen errar; acaso daño leve
 Habrá causado Casio. Enfurecido
 El hombre ofende al sér que más aprecia.
 Sin duda alguna, Casio grave ultraje,
 Que impacientado soportar no pudo,
 Debíó de recibir de aquel que huía.

OTELO. Yago, conozco tu honradez, y veo
 Que el lance quieres paliar, y tratas
 De disculpar á Casio; pero, Casio,
 Aunque os quiero, cesáis en mi servicio.

Vuelve á entrar DESDÉMONA.

¡Ved! ¡Ya mi dulce amor está despierta!
 ¡Escarmiento seréis!

DESD. Mas ¿qué sucede?

OTELO. Bien mío, nada ya; retorna al lecho.
 Yo mismo curaré vuestras heridas.

(Á Montano.)

Tú, Yago, ronda la ciudad entera.
 Tranquiliza á las gentes que inquietara
 Reyerta tal. Desdémona, conmigo.
 Ven. Ver su dulce sueño perturbado
 Achaque es de la vida del soldado.

(Vanse todos menos Yago y Casio.)

YAGO.—¡Qué! ¿Estáis herido, teniente?

CASIO.—Sí; sin cura.

YAGO.—¡Hombre! No lo permita el cielo.

CASIO.—¡Reputación! ¡Reputación! ¡Reputación! ¡Ah, perdí mi reputación! Perdí mi parte inmortal: réstame la parte bruta solamente. ¡Mi reputación, Yago, mi reputación!

YAGO.—A fe de hombre honrado, que creí que habíais recibido daño corporal: hay más en eso que en la reputación. La reputación es sutil y falsa añagaza; se obtiene frecuentemente sin merecimientos; y sin justo motivo, se pierde:

no habéis perdido reputación alguna, á menos que juzguéis haberla perdido. ¡Vamos, hombre! Medios hay para hacer las paces con el general. Enojado ahora, os despidió, más por sistema que por enemistad; como quien golpea á un pobre can para intimidar á un león enfurecido. Hacedle la corte otra vez, y será vuestro.

CASIO.—Más bien le haría la corte para que me despreciase, que para engañar á tan excelente jefe con oficial tan frívolo, tan borracho y tan indiscreto. ¿Borracho? ¿Y loro charlatán? ¿Camorrista? ¿Fanfarrón? ¿Mal hablado y discutiador de sandeces con su propia sombra? ¡Oh tú, espíritu invencible del vino! Si no tienes otro nombre para darte á conocer, te llamaré demonio.

YAGO.—¿Quién era ese á quien perseguíais con vuestra espada? ¿Qué os había hecho?

CASIO.—No lo sé.

YAGO.—¡Es posible!

CASIO.—Recuerdo un mundo de cosas, pero nada distintamente. Una reyerta, pero no sé por qué causa. ¡Oh Dios! Que los hombres se introduzcan en la boca á un enemigo que les roba los sesos! ¡Que con júbilo, complacencia, algazara y aplauso nos transformemos en brutos!

YAGO.—Pero ahora estáis comparativamente bien. ¿Cómo fué aliviaros tan pronto?

CASIO.—El demonio de la embriaguez ha tenido á bien ceder su puesto al demonio de la ira. Una imperfección me patentiza la otra, y me obliga á despreciarme con toda sinceridad.

YAGO.—¡Vaya! sois moralista bastante severo. Teniendo en cuenta el lugar de la ocurrencia y el estado en que se halla este país, desearía con toda mi alma que no hubiera esto ocurrido; pero, puesto que así ha pasado, á enmendarlo en provecho vuestro.

CASIO.—Si le pido que me reponga en mi puesto, me

contestará que soy un borracho. ¡Tuviera yo tantas bocas como la hidra, tal respuesta las cerraría todas! Tener ahora juicio; ser luégo un necio, y después una fiera. ¡Oh maravilla! ¡Oh maldita la copa que indebidamente se apura! ¡Lleva en sí un demonio!

YAGO.—¡Vamos, vamos! El buen vino es buena y mansa criatura, si se le trata bien. No claméis más contra él. Y, amigo teniente, ¿confío en que creéis que os aprecio?

CASIO.—Claramente lo he visto. ¡Yo beodo!

YAGO.—Vos, ó cualquier otro hombre, puede estar alguna vez beodo. Os diré lo que debéis hacer: la esposa de nuestro general es ahora nuestra generala. Puedo decir esto, por cuanto que se halla absorta en la contemplación, observación y anotación de sus formas y de sus gracias. Acudid francamente á ella. Rogadle que os ayude á que os repongan en vuestro puesto. Es de condición tan franca, tan cariñosa, tan afable y tan bendita, que, en su bondad, estima crimen no hacer más de lo que se le pide. El hueso roto entre vos y su marido procurad que ella entablille; y apuesto mi fortuna contra cualquier bagatela, que vuestro cariño, roto hoy, quedará más unido que antes.

CASIO.—Cuerdamente me aconsejáis.

YAGO.—Os protesto de mi sincero cariño y de mi honrada intención.

CASIO.—Confío en vos; y, en oportuno instante mañana, rogaré á la virtuosa Desdémona que sea mi protectora. Estoy completamente arruinado si recibo ahora este jaque.

YAGO.—Tenéis razón. Buenas noches, teniente. Tengo que dar la guardia.

CASIO.—Buenas noches, honrado Yago. (Vase Casio.)

YAGO. ¿Quién dirá que me porto cual infame

Al dar tan útil y feliz consejo,

Tan natural, y el único camino

De recobrar el corazón del Moro?

Á Desdémona, blanda por esencia,
 En digna causa interesar es fácil,
 Fecunda, en su virtud, como el ambiente.
 ¿Y que ella pida al Moro? Le daría
 La gracia del bautismo, sin curarse
 De símbolos y ritos que redimen
 Nuestro pecado original. Su alma
 Está á su amor de tal manera unida,
 Que ella á su voluntad hace ó deshace:
 Dios de sus pensamientos su capricho.
 ¿Cómo, pues, ser infame si la senda
 Indico á Casio que á su bien conduce?
 ¡Grandiosidad divina del infierno!
 Cuando el demonio revestirse quiere
 De sus más negras culpas, al principio
 Con aparato celestial se ostenta,
 Cual ahora yo. Pues mientras que ese necio
 Á Desdémona pide que lo ampare,
 Y ella por él, ufana, ruega al Moro,
 Este veneno verteré en su oído:
 Que ella pide por él porque lo ama;
 Y, tanto cuanto hiciere en su provecho,
 En la opinión ha de perder del Moro.
 Negra haré yo que su virtud se torne.
 Que su misma bondad de red me sirva
 Para apresar á todos.

Vuelve á entrar RODRIGO.

¡Hola, Rodrigo!

RODR.—Agregado voy á la jauría, no como can que caza, sino como uno que late solamente. Apenas me queda dinero. Me han apaleado á las mil maravillas esta noche; y el resultado será que habré ganado experiencia proporcionada á mi trabajo; y, así, sin dinero y con más juicio, retornaré á Venecia.

YAGO. ¡Pero qué pobres son los impacientes!
¿Qué herida se curó sino despacio?
Obra el ingenio y no la brujería;
Y es del ingenio auxiliador el tiempo.
¿No va bien todo? Casio te ha ofendido,
Mas, por daño tan leve, tú lograste
La perdición de Casio. Bellas crecen
Sin la lumbre del sol diversas plantas;
Pero los frutos que florecen ántes,
Ántes maduran. Calma mientras tanto.
Amaneciendo viene ya. Las horas
Se amenguan con la acción y con el goce.
Retírate. Á buscar tu alojamiento.
Véte; más te diré, pero ahora, anda.

(Vase Rodrigo.)

Dos cosas se han de hacer: con su señora
Mi esposa debe interceder por Casio.
Á ello debo inducirla.
Mientras tanto, llamando aparte al Moro,
Haré que de improviso llegue y vea
Cómo en coloquio están su esposa y Casio.
Esa la senda es. Mi ingenio ahora
No emboten la inacción ni la demora. (Vase.)